

Cuadernos de Arqueología
Universidad de Navarra 18*, 2010, págs. 199-225

LA CUESTA DE LA IGLESIA (BARDENAS REALES). EL FINAL DE LA EDAD DEL BRONCE EN EL EBRO MEDIO

M^a Amor BEGUIRISTAIN GÚRPIDE¹
M^a Luisa GARCÍA GARCÍA
Jesús SESMA SESMA²

RESUMEN: Se reflexiona acerca del Bronce Final en el Valle Medio del Ebro a partir de la revisión de materiales dispersos de un poblado de Las Bardenas Reales de Navarra (España).

SUMMARY: Is pondered about the Final Bronze in the Average Valley of Ebro starting from the review of materials of a site one of Bardenas Reales of Navarre (Spain).

PALABRAS CLAVE: Bronce Final. Valle del Ebro.

KEYWORDS: Final bronze. Valley of Ebro.

Este artículo surge como una sencilla muestra de agradecimiento y reconocimiento a Amparo, por tantos años de compañerismo, ayuda y consejos, de los que hemos podido disfrutar en el Departamento de Arqueología, hoy de Historia, de la Universidad de Navarra como colegas y discípulos. Y qué mejor forma de hacerlo que con la puesta al día de los datos de un yacimiento en que los firmantes hemos trabajado en una u otra ocasión a lo largo de los últimos 35 años y en cuyos inicios también tomó parte la Dra. Castiella: el poblado de la Edad del Bronce de la Cuesta de la Iglesia.

¹ Departamento de Historia. Universidad de Navarra. Dirección electrónica: mbeguiri@unav.es

² Sección de Arqueología. Dirección General de Cultura del Gobierno de Navarra. Dirección electrónica: jesus.sesma.sesma@cfnavarra.es

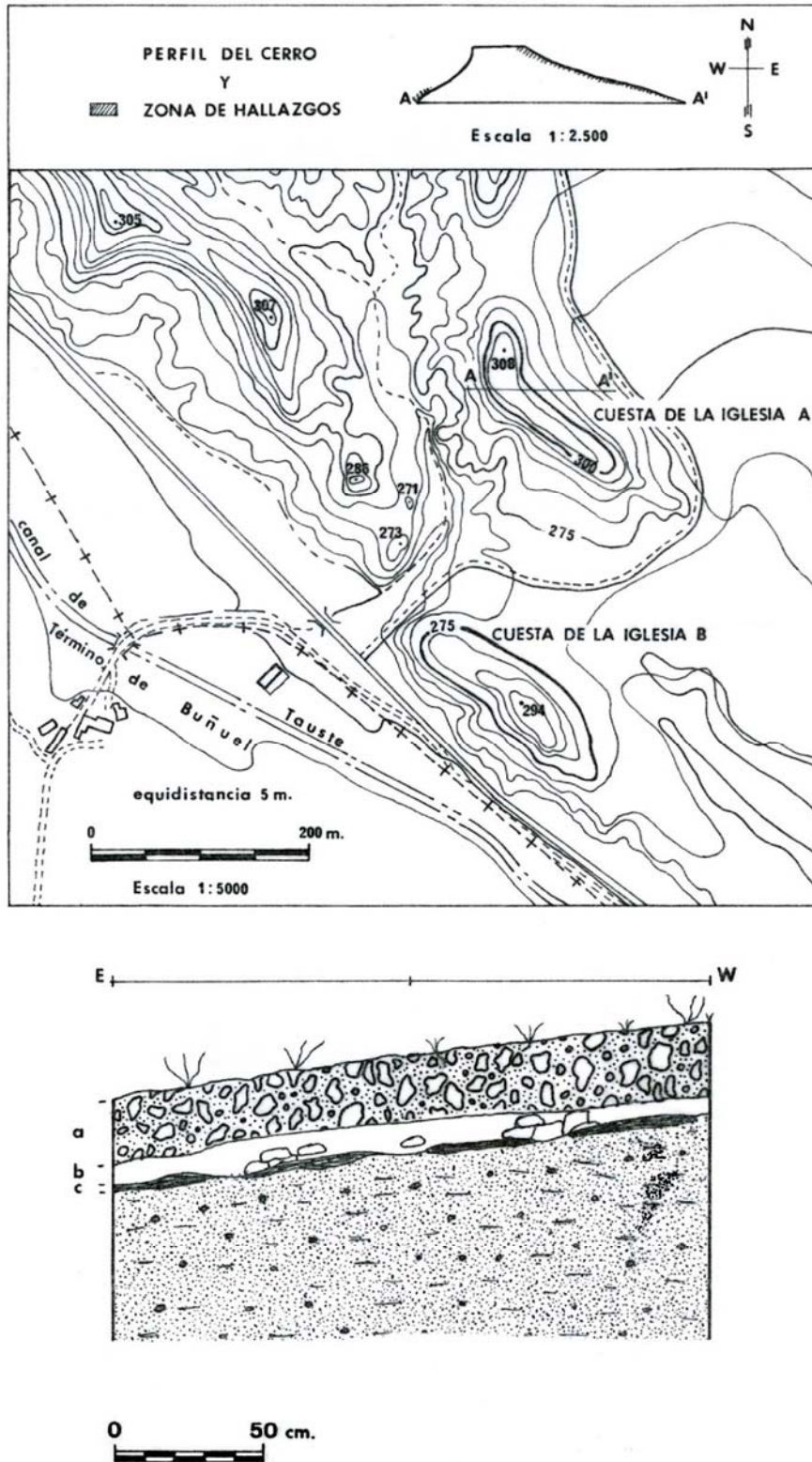


Figura 1. Situación del yacimiento y corte estratigráfico en la cima del cerro. Sondeos de 1976.

Se conoce con el nombre de Cuesta de la Iglesia un paraje de las Bardenas Reales de Navarra situado en su extremo meridional, lindante con el término de Buñuel. Los terrenos que ocupa corresponden a la Formación Tudela, facies

carbonatada característica del centro de la depresión del Ebro. La litología está constituida por arcillas calcáreas y limos de tonalidades rojizas y grises, con intercalaciones de calizas arcillosas blanquecinas, en capas de 0,20 a 1 m de espesor, que se presentan en este caso coronando la cima de cerros testigos³. Estos cerros, que en la zona reciben el nombre de cabezos, son elevaciones aisladas más o menos desgajadas de las planas madre de las que derivan (Floristán Samanes, 2000: 611). Tienen una estructura tabular, es decir, formada por estratos horizontales de distintas potencia y naturaleza, si bien dominan los citados materiales blandos, propios del Mioceno continental lacustre. En su formación intervino sobre todo la fuerza remontante de los barrancos y posteriormente, en su modelado actual, la meteorización.

El paisaje es en la actualidad de tipo xeroestepario, árido, caracterizado por una fuerte erosión y la presencia muy residual de formaciones de matorral bajo (espartales y ontinares), si no con ausencia total de vegetación. Este aspecto de aridez contrasta con la fertilidad de la vega por la que discurre el Ebro, serpenteante entre los regadíos de su llanura aluvial.

En el paraje destacan dos cabezos, de unos 30 m de altitud, a los que se ha venido denominando como Cuesta de la Iglesia A y B separados entre sí por apenas 160 m y situados en primera línea frente a la vega del Ebro. El primero dista de esa franja unos 200 m y el segundo 30, con la traza de la carretera NA-126 Tudela-Tauste como línea de separación (Figura 1a).

La Cuesta de la Iglesia A es un cabezo alargado en dirección NW-SE, cuya cima tiene una longitud de 150 m y una anchura de 16, por lo que en la actualidad rondaría los 2400-2500 m² de superficie. A la hora de valorar este dato, hay que tener en cuenta la drástica reducción de la cima amesetada del cerro por efecto del desplome de la cornisa hacia el sur, por lo que no puede descartarse una mayor amplitud. Tan sólo en la punta septentrional del cerro, la más elevada, no se recogen en la actualidad restos arqueológicos, pero resulta imposible determinar si realmente no han existido nunca o es que han resultado barridos por la erosión. En la mitad oriental de la cima aflora una estructura en piedra, conformada mediante una acumulación tumular de mampuestos de caliza de planta más o menos cuadrangular, en la que se aprecian alineaciones de muros. Su extremo occidental está parcialmente desmontado por una antigua cantera.

Hacia el S y SW presenta un frente escarpado, producto de la profunda incisión del agua de escorrentía en la base arcillosa del cerro. Es probable que en origen esta ladera contara con una pendiente no tan acusada, que posibilitara

³ IGME (1977). Mapa geológico de España. Tauste, p. 8.

un hábitat escalonado, hecho muy común en los asentamientos peninsulares de la Edad del Bronce. Sea como fuere, en la actualidad el perímetro del promontorio se presenta sumamente afectado por la erosión, conservándose como parte menos alterada del relieve su suave ladera N y NE.

Al pie del cerro se extiende una suave pendiente, hoy totalmente alterada por el abancalamiento para cultivo en varios campos. Fue durante los años 70 del siglo pasado cuando se llevaron a cabo estas labores, momento en el que el arqueólogo Juan José Bienes recogió un abundante material asociado a manchas cenicientas. En la cabeza del talud se llevó a cabo en 1992 la intervención arqueológica de urgencia que más adelante se delata.

La Cuesta de la Iglesia B es otro cerro testigo, cuya cima tiene una longitud aproximada de 140 m. La fuerte erosión ha modelado el relieve cortando en picado la ladera meridional y reduciendo la cima a una estrecha franja de poco más de 1 m de anchura. Los materiales arqueológicos se recogen por la ladera NE en una acumulación de vertiente en abanico. Por lo tanto consideramos que el yacimiento se encuentra totalmente destruido.

LAS INTERVENCIONES ARQUEOLÓGICAS EN LA CUESTA DE LA IGLESIA A

A la vista del estado de alteración del yacimiento por la erosión y la consecuente dispersión de materiales arqueológicos, no resulta extraño su temprano descubrimiento. El topónimo, sobre cuya etimología no hemos encontrado ninguna explicación⁴, también invita a pensar en la existencia de un sitio histórico. Por ello han sido varios los estudiosos o interesados que han venido recuperando materiales arqueológicos, de los cuales damos cuenta seguidamente.

La presencia de restos arqueológicos en La Cuesta de la Iglesia A es conocida desde los años 1954-1956, época de la que datan los hallazgos de César Oliver, natural de la vecina localidad de Buñuel y estudioso de la historia de la zona⁵. En la década de los 70 del siglo pasado Gregorio Mayayo donó a la

⁴ En la toponimia oficial del Gobierno de Navarra (Jimeno Jurío, J. M^a Dir. 1993: 91) el paraje se conoce también como *Portillo de los Lobos* (en su variantes *Portil de Lobos* está documentado desde 1537), nombre que se pone en relación con la ancestral costumbre de cazar lobos mediante loberas. En nuestras prospecciones no hemos reconocido en la zona restos de tales construcciones.

⁵ Hemos querido recoger los recuerdos escritos y gráficos de su descubridor en un texto que se adjunta al final del presente artículo, en el que se ofrece información sobre algunos hallazgos que se han venido atribuyendo a este yacimiento. Queremos también agradecer aquí las facilidades de C. Oliver, G. Mayayo y J.J. Bienes para el estudio de los materiales arqueológicos por ellos descubiertos.

Universidad de Navarra un conjunto de materiales que fueron estudiados por M^a A. Beguiristain en su tesis doctoral (Beguiristain Gúrpide, 1982: 138-140). De la misma década datan los hallazgos de Juan José Bienes ya referidos. Por último habría que incluir los materiales recuperados durante la prospección de dos de los firmantes (Sesma y García) entre los años 1990-1991 en el marco de las tesis doctorales.

Las intervenciones de campo, más allá de las prospecciones citadas, han sido de escaso alcance. Aparte de la información que han arrojado, tienen el valor de constituir la primera actuación de este tipo en un asentamiento al aire libre de la Edad del Bronce en Navarra. Los trabajos se llevaron a cabo en dos momentos.

Durante el verano de 1976 Amparo Castiella y M^a Amor Beguiristain practicaron en la cima del poblado tres catas de 2 x 2 m, centradas en el extremo sudoriental del mismo. Como resultado de la misma se registró una exigua estratigrafía de poco más de 30 cm, en la que se diferenciaban los siguientes niveles (Figura 1b):

Nivel I. Relleno arqueológico, dividido en tres subniveles.

- a. Superficial: De 20 cm de espesor, estaba formado por una capa de destrucción con abundantes cascotes de manteado de barro y raíces de esparto.
- b. De 7 cm de espesor y constituido por una capa blanquecina de manteados con yeso.
- c. Formado por una fina capa de apenas 3 cm de carbones y manchas carbonosas, no uniforme. Corresponde a un nivel de incendio.

Nivel II. Terreno geológico. Estéril desde el punto de vista arqueológico.

En la primavera de 1992, M^a Luisa García y Jesús Sesma llevaron a cabo una intervención de urgencia. A causa de las lluvias torrenciales de aquel año quedaron a la vista dos manchas negruzcas situadas al pie de la ladera sur. Resultaron ser dos fosas excavadas en las arcillas del sustrato geológico, en diferente estado de conservación.

- *Fosa I.* Se encontraba totalmente arrasada, quedando apenas el fondo en forma de una cubeta de 5 cm de potencia. Se recuperaron algunos fragmentos cerámicos, fauna, un fragmento de frontal humano y varios cantos rodados con huellas de fuego.

- *Fosa II.* Tenía forma de cubeta de forma ovalada, con un diámetro máximo de 98 cm y mínimo de 72. Su potencia oscilaba, en función de la

pendiente, entre 1,45 m y 95 cm. El fondo era cóncavo y las paredes verticales en algunas zonas y reentrantes en otras. En su relleno se distinguieron dos niveles:

1. Formado por tierra cenicienta con carbones, que contenía fragmentos cerámicos, fauna y un anillo de bronce.
2. Constituido por una acumulación de piedras calizas en una matriz arcillosa marrón-amarillenta, con algunos carboncillos. Apenas deparó cerámica y escasos restos de fauna.

Del *nivel a* de esta estructura se recuperó una falange de suido, que fue remitida para su datación al Zentrum Voor Isotopen Onderzoek de la Universidad de Groningen (Holanda), arrojando el siguiente resultado.

<i>N^o de muestra</i>	<i>Edad relativa</i>	<i>Edad equivalente</i>	<i>Calibración⁶</i>
GrN 19674	3.225±30 BP	1.275±30 a.C.	1.517-1453 a un σ 1.536-1427 a dos σ

En La Cuesta de la Iglesia B sólo se han realizado prospecciones de superficie.

LAS EVIDENCIAS ARQUEOLÓGICAS

A la hora de realizar el estudio de la cultura material de La Cuesta de la Iglesia A y ante su heterogénea procedencia cabrían dos posibilidades:

- Analizar los materiales distinguiendo las dos zonas (cima y ladera). Sin embargo, dada la fuerte erosión, no se puede descartar que parte de los materiales de prospección de la segunda zona provengan de la parte superior debido al arrastre. Hay que anotar además que en buena parte de la colección de la Universidad de Navarra no consta la procedencia exacta de los hallazgos.

- Analizar todos los materiales en conjunto, especificando cuando sea posible la procedencia exacta de las piezas.

Hemos optado por esta segunda opción, unificando los materiales de prospección y excavación, dada la escasa cuantía de éstos y la unidad cultural que parece caracterizar al yacimiento.

⁶ La calibración se ha realizado empleando el programa Calib Rev. 5.0.1

La *industria cerámica* está compuesta por un lote de 718 fragmentos. En su distribución se aprecia un predominio de los recipientes grandes y con recubrimiento de barro plástico en la cima, lo que sería compatible con la presencia de zonas de almacenaje asociadas a las viviendas. Sus pastas son toscas, con numerosos desgrasantes de yeso y calcita. En algunos ejemplares es sumamente esquistosa y se desmenuza con facilidad.

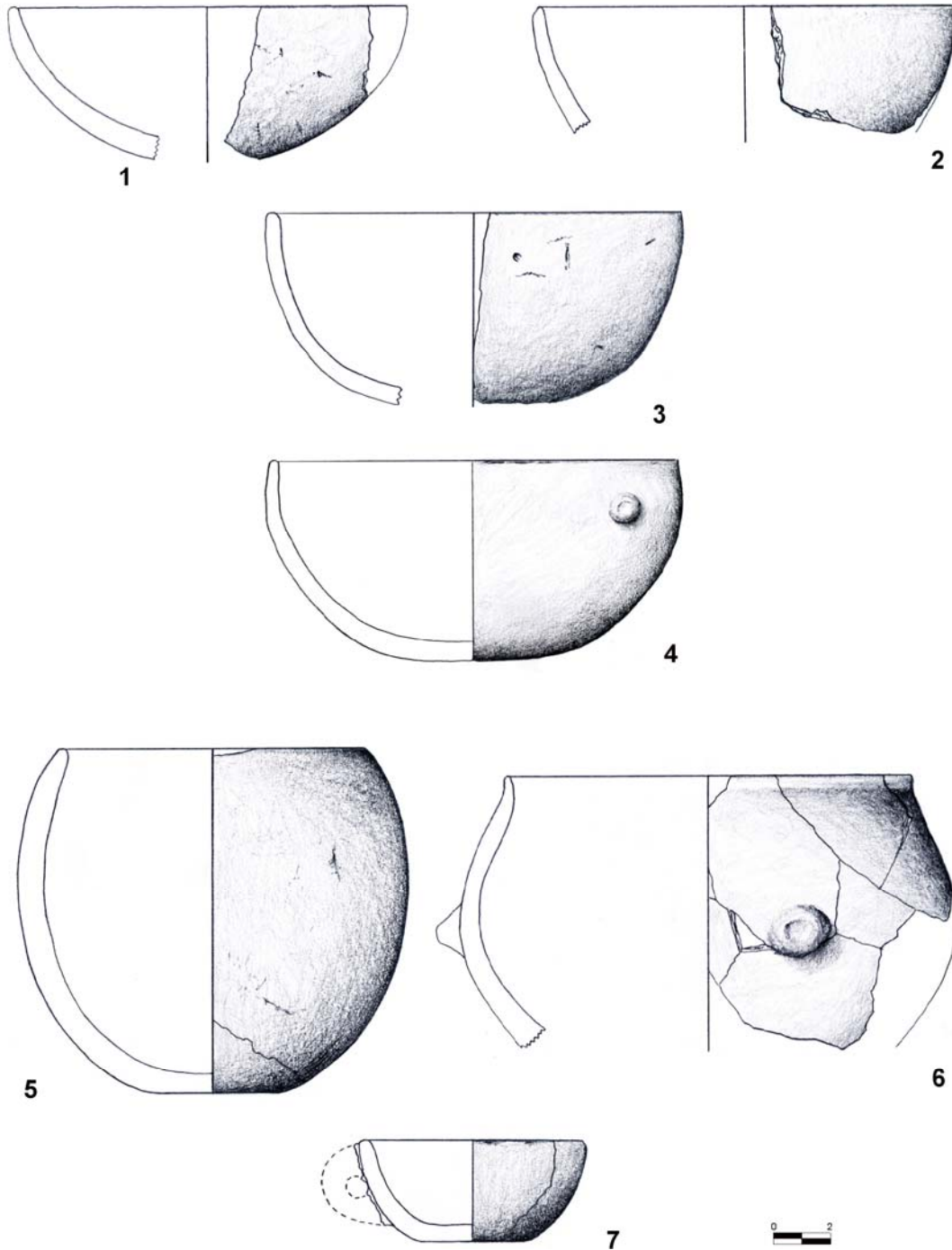


Figura 2. Cuencos hemiesféricos, ultrahemiesféricos y taza.

En la arcilla aplicada, generalmente constituida por una fina película poco prominente, son frecuentes los dedos arrastrados formando surcos y hoyuelos. Las vasijas con acabado rugoso son numerosas y tienen una entidad de la que carecían en épocas precedentes. La superficie pulida se reserva, como suele ser común, para los recipientes de tamaño pequeño-mediano, llegando al bruñido en algunos ejemplares carenados.

El repertorio formal es bastante completo, especialmente en la variedad pulida, apreciándose algunas variantes dentro de la misma forma. En su clasificación se seguirá la tipología cerámica definida para el conjunto de la Edad del Bronce de las Bardenas Reales (Sema y García, 1994: 124 y ss). Dentro de la *cerámica de superficie pulida* se definen estos galbos:

- Cuencos de casquete hemiesférico, de tamaño mediano o pequeño. Suelen tener fondo plano y como sistema de suspensión pezón simple. Es una forma bastante común, pues se reconoce un total de 11 perfiles. Equivaldría a la forma 1 (Figura 2, nº 1 a 4).

- Cuencos de casquete ultrahemiesférico, con borde reentrante y fondo plano. Es una forma poco habitual. Equivaldría a la forma 2 (Figura 2, nº 5 y 6).

- Pequeñas tazas con fondo plano y asa de puente, de la forma 4 (Figura 2, nº 7)

- Vasos de forma cilíndrica. Sólo se ha podido identificar un recipiente de la forma 5 (Figura 3, nº 1).

- Recipientes de perfil troncocónico invertido y fondo plano de las formas 6 y 7. Algunos vasos corresponden a escudillas, mientras que otros, dado su gran diámetro, más bien parecen fuentes (Figura 3, nº 2 a 4).

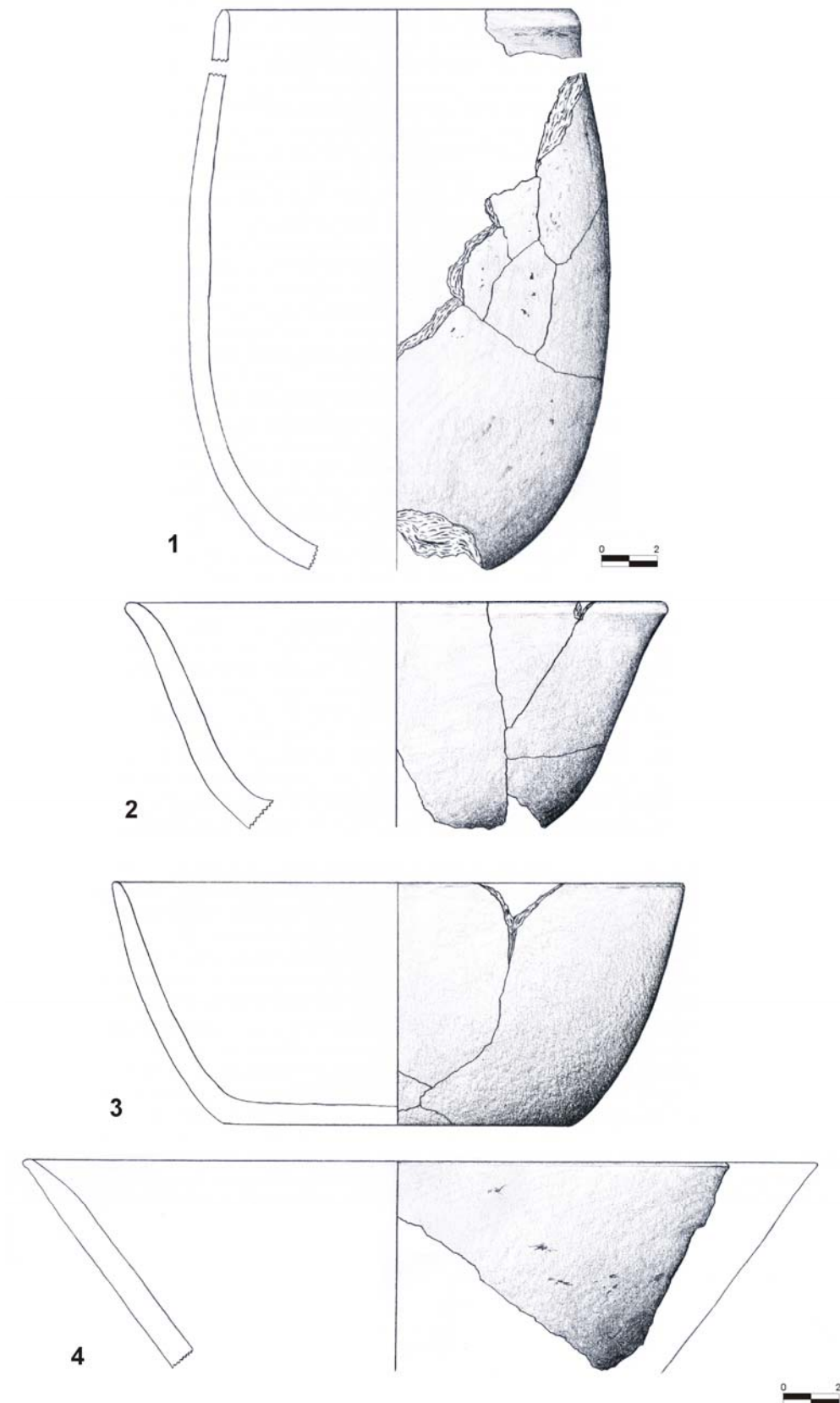


Figura 3. Vaso de forma cilíndrica y escudillas-fuentes.

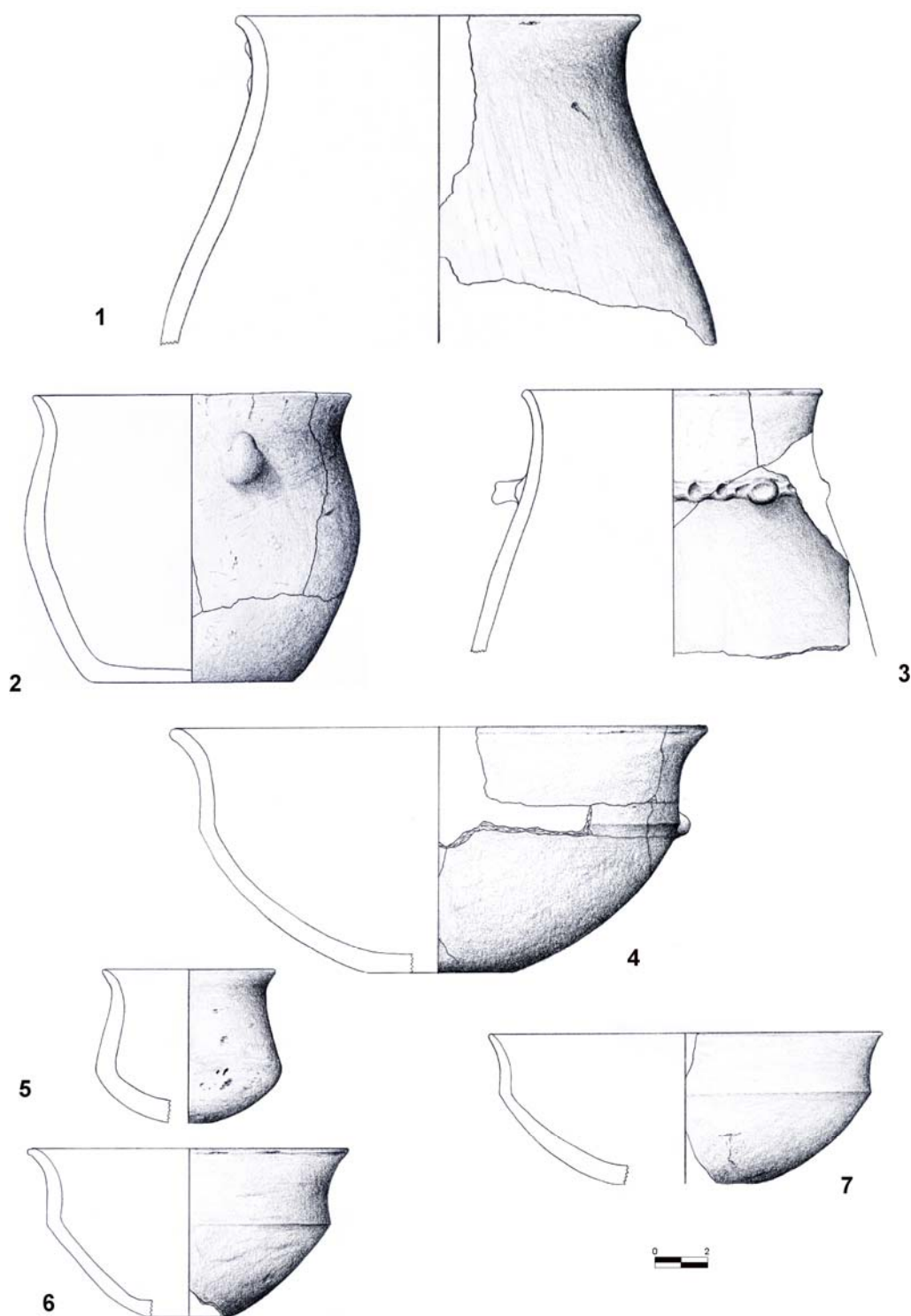


Figura 4. Vasos de perfil en S y cazuelas carenadas de diferentes tipos.

- Vasos de perfil en S, más o menos acusado. Generalmente no presentan decoración, pero también los hay que se adornan con un cordón peribucal con digitaciones y mamelón o con varios pezones achatados. En algunos ejemplares la curvatura se hace menos acusada y el perfil tiende hacia el cilindro. Son frecuentes los bordes curvados abiertos, que podrían corresponder con una variedad de este perfil, asimilable a una ollita. Se identifica con las formas 9 y 10 (Figura 4, nº 1 a 3).

- Cazuelas carenadas de tamaño pequeño-mediano, con borde exvasado, carena media-alta, a veces con mamelón, y fondo plano. Corresponden a la forma 14 (Figura 4, nº 4 a 7).

Los elementos de prensión que acompañan a estos recipientes pueden ser de dos tipos:

- Asas de puente de secciones circular o cuadrangular
- Mamelones: unos en forma de casquete de esfera y otros muy característicos, prominentes y de forma cilíndrica.

La inmensa mayoría de los recipientes de esta variedad cerámica aparecen sin decorar, pero no faltan algunos ejemplos ornamentados mediante diversas técnicas:

- Grandes medallones o pastillas aplicadas (Figura 5, nº 1).
- Acanalados amplios y poco profundos bajo el borde.
- Motivos incisos a base de trazos finos y profundos, que dibujan series paralelas de líneas perpendiculares, que en algunos casos parecen definir motivos triangulares, mientras que en otros no siguen ningún orden preestablecido (Figura 5, nº 2 a 4). Se han recuperado 7 fragmentos con este tipo de decoración.

- Alineaciones de zig-zags simples o triples, que se asocian a franjas radiales del mismo tipo rellenas de ángulos con la punta hacia abajo. La decoración ocupa la zona cercana al borde, tanto al interior como al exterior y se extiende también hacia la carena. Los perfiles a los que se asocia esta decoración son formas abiertas, posiblemente fuentes, y cazuelas carenadas. Proceden en su mayoría de prospección, pero uno se halló en la fosa II. Hay que añadir también a estos fragmentos otros con motivos de "línea cosida" intra y extradecorativa (Figura 5, nº 5 a 8). Las cerámicas de esta forma son escasas, pues se limitan a 6 fragmentos, 3 de ellos de un mismo recipiente.

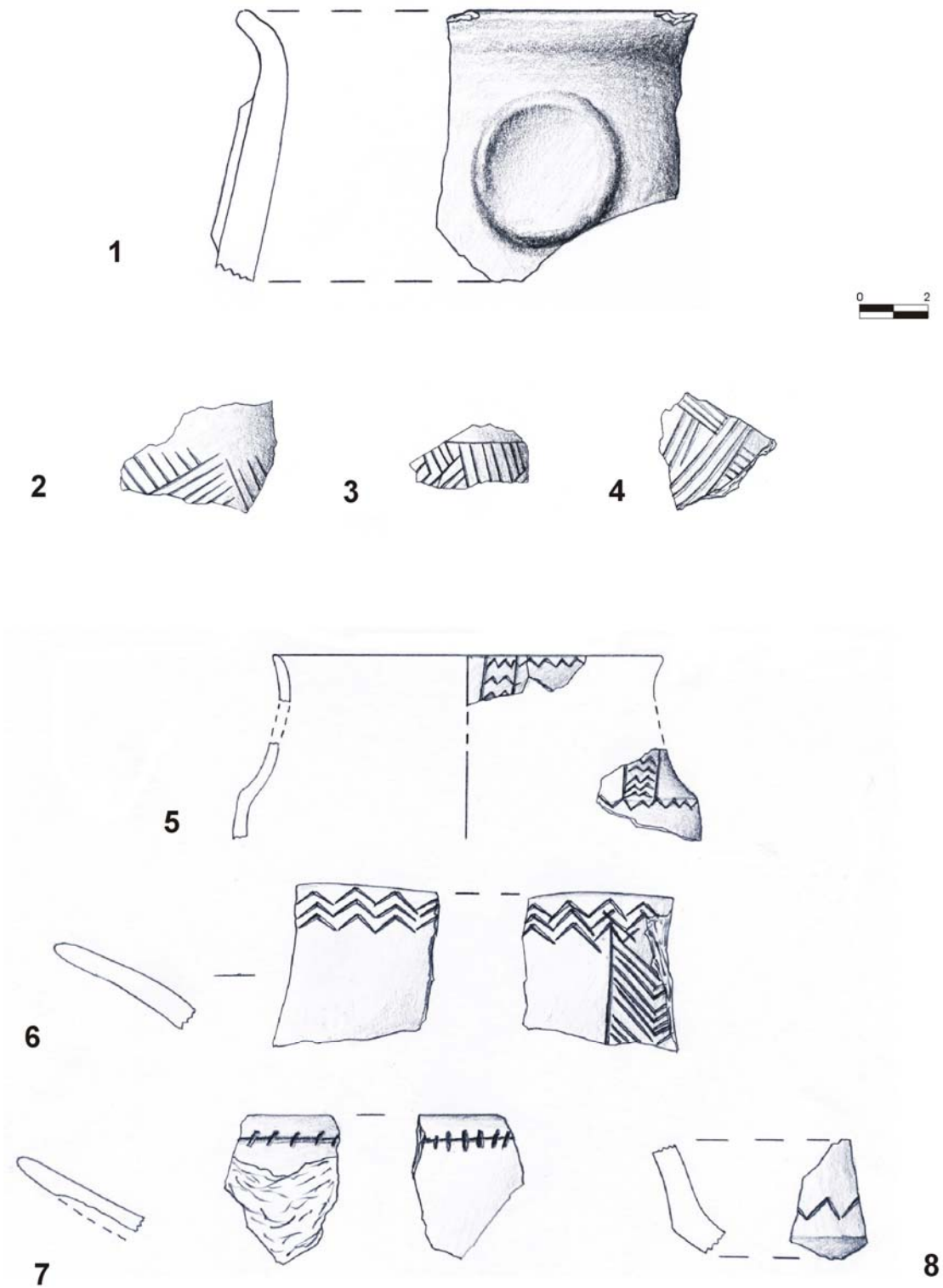


Figura 5. Tipos decorativos en la cerámica de superficie pulida.

Como corresponde a los momentos más avanzados de la Edad del Bronce, la *cerámica de superficies sin pulir* adquiere cierta entidad, si bien es escasa la variedad formal, que está representada por los siguientes galbos:

- Pequeños recipientes de perfil troncocónico invertido y mamelón junto a la boca, de la forma 4 (Figura 6, nº 1).

- Coladores o encellas, de la forma 5, representados por dos únicos fragmentos (Figura 6, nº 2).

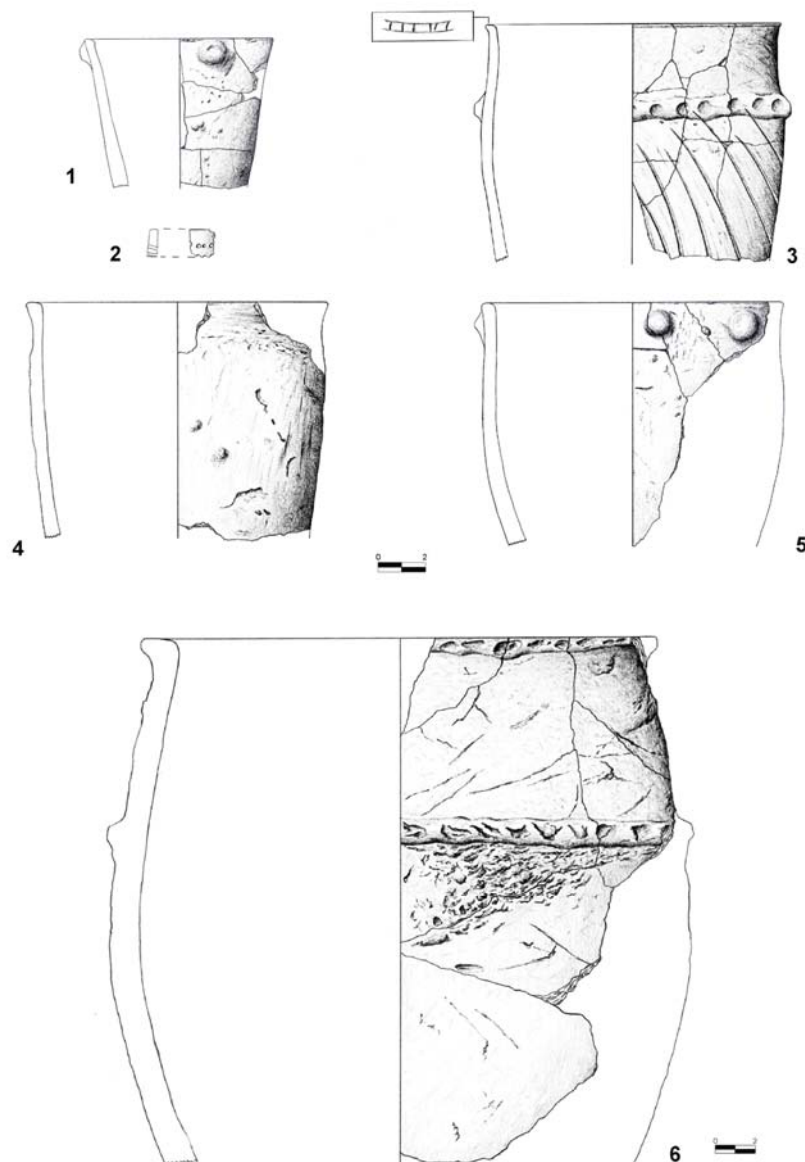


Figura 6. Vaso troncocónico, colador y recipientes cilíndricos de diferentes tamaños.

- Vasos de cuerpo cilíndrico que tiende a estrecharse hacia la base, para rematar en un fondo plano. Los recipientes de tamaño pequeño-mediano se identifican con la forma 6. Los recipientes de mayor tamaño se adscriben a la forma 7. El prototipo es una vasija recuperada en prospección en la cima del cerro, que está decorada con cordón bajo el borde. Se dan también variantes con borde oblicuo cerrado o curvado ligeramente abierto. Entre los primeros destaca un vaso recuperado en la cima con cordón en el arranque del borde e impresiones digitales al exterior del labio (Figura 6, nº 3 a 6 y Figura 7).

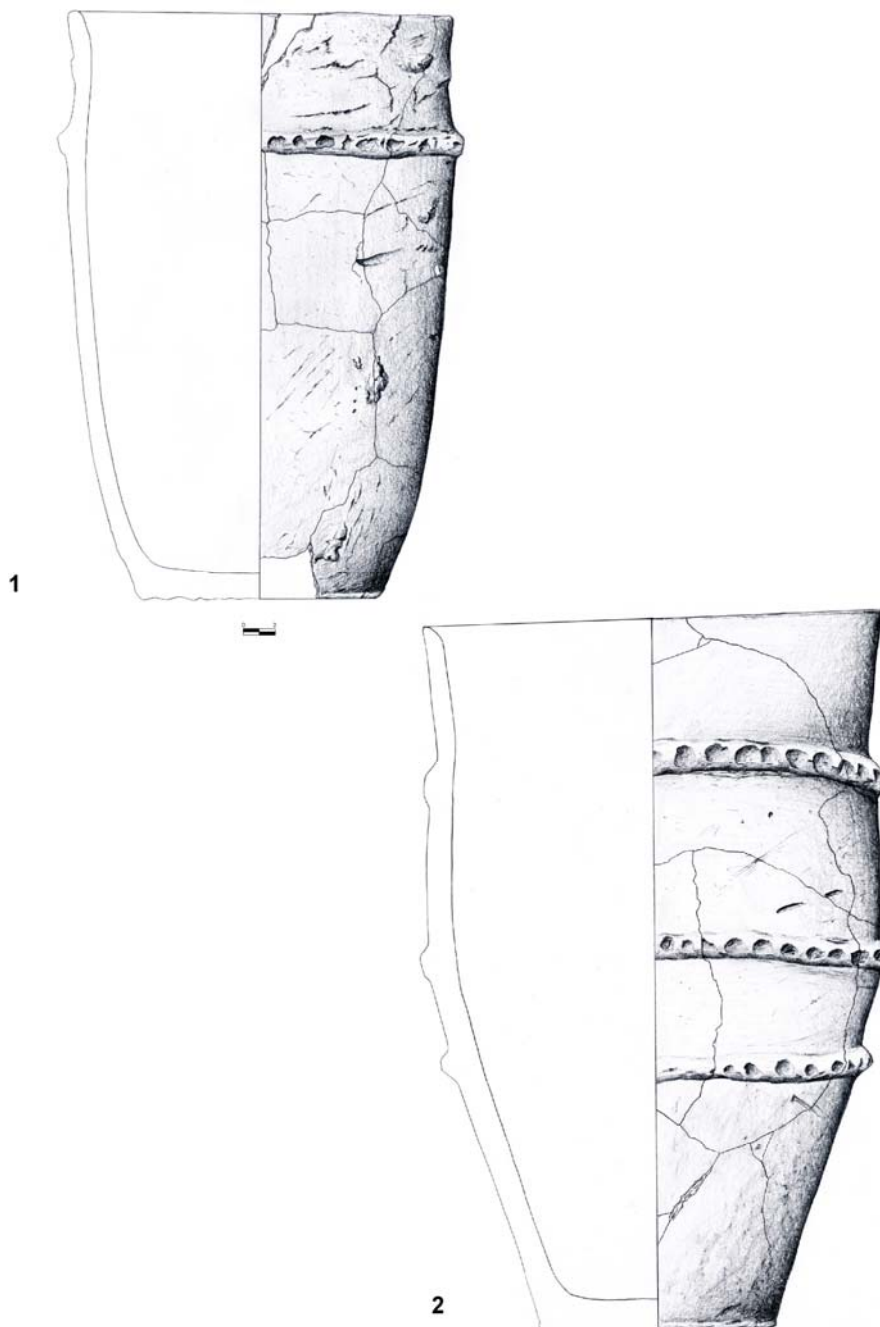


Figura 7. Grandes contenedores de forma cilíndrica.

Si las formas presentadas son poco significativas, no ocurre lo mismo con sus decoraciones aplicadas, entre las que distinguimos los siguientes motivos y técnicas:

- Cordones lisos paralelos. Se han recuperado 13 fragmentos con este motivo. El amplio desarrollo de la ornamentación hace que resulte difícil determinar su forma exacta, si bien parecen entrecruzarse tres variantes: series paralelas oblicuas, verticales y de zig-zags. No se puede descartar que unas y otras convivan en los mismos recipientes. Esta decoración parece restringirse al cuerpo de los vasos, quedando delimitado en la parte superior por un cordón también liso a modo de collarino (Figura 8, nº 1 y 2).

- Series de mamelones cubriendo sin orden aparente el cuerpo de los vasos. Son 7 los fragmentos así ornamentados que se han recuperado. Comparte con el motivo anterior la zona del vaso en que se disponen y su delimitación mediante un cordón horizontal, en este caso con impresiones digitales (Figura 8, nº 3).

- Cordones peribucales con impresiones digitales, unguilaciones o de instrumento.

Los motivos incisos se reducen a toscos trazos anchos y profundos, generalmente dispuestos en series oblicuas o desordenadamente, de tipo cubriente, bien sea en el cuerpo o en el borde. También están presentes las impresiones digitales en el labio.

Los fondos en esta variedad son siempre planos y algunos recipientes de mayor tamaño llevan improntas de estera al exterior. Las huellas plasmadas corresponden a la técnica de cestería en espiral cosida (Lámina I)

La cerámica con *acabado de barro plástico* añadido es abundante, pero muy simple en cuanto a la morfología de sus perfiles, pues se reduce a vasos de la forma 3, es decir, de cuerpo globular y borde vertical o ligeramente abierto. Se adornan con cordón peribucal y digitaciones o impresiones de instrumento en el labio, reduciéndose la capa de barro aplicado al cuerpo del vaso, hasta la altura del cordón (Figura 8, nº 4).

Los análisis de pastas realizados (7 muestras) indican una importante variabilidad, especialmente en lo concerniente a la adición de desgrasantes (cuarzos, calizas micríticas, calcita, mica, chamota, etc.) (Olaetxea, 2000: 154).

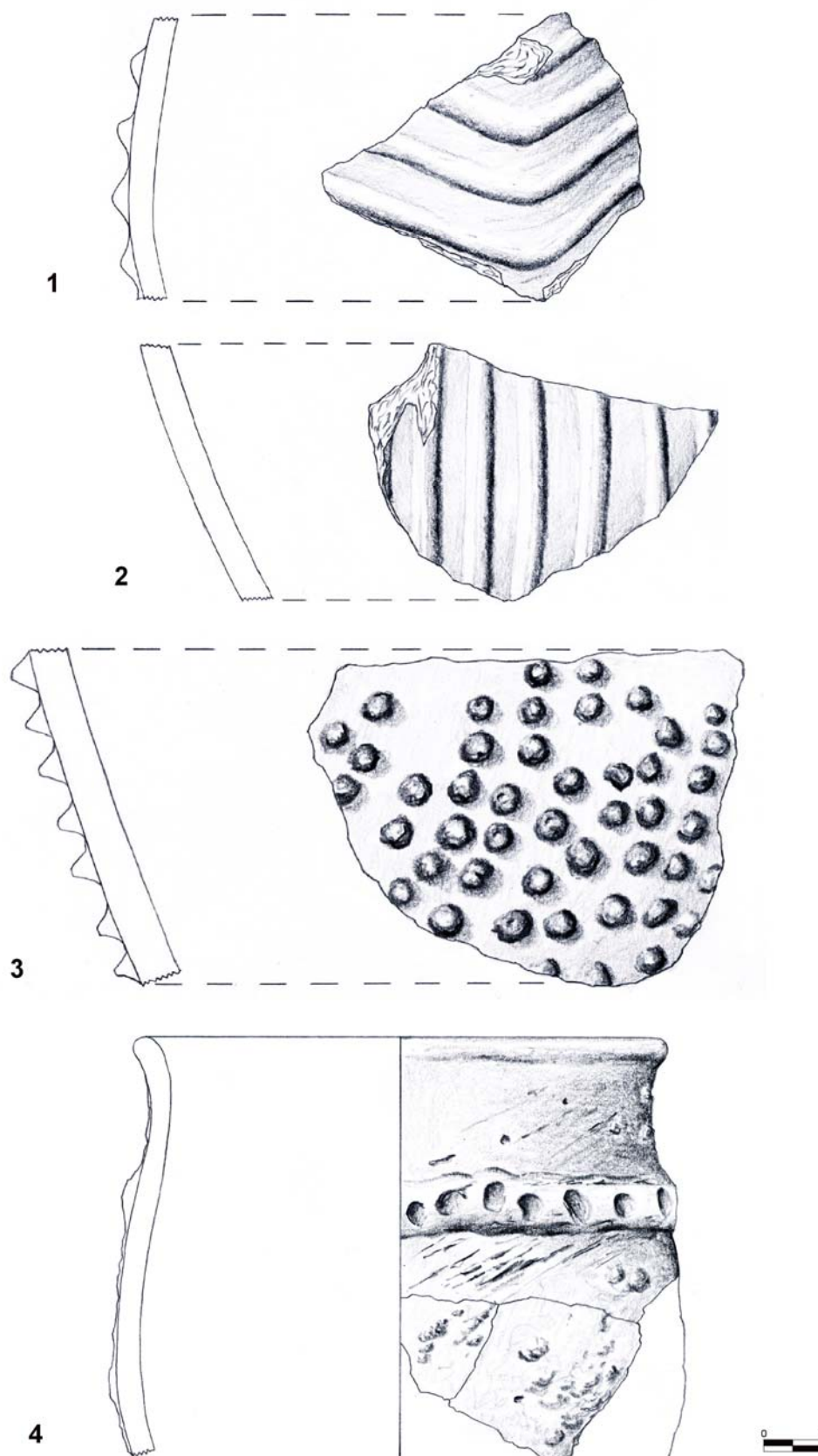


Figura 8. Fragmentos de grandes vasos con decoración plástica.

La *industria lítica* es sensiblemente más pobre, pues se compone tan sólo de 26 evidencias talladas, cuya descripción es como sigue:

- 15 restos indeterminados (4 en cuarcita y 11 en sílex).
- 6 lascas de sílex.
- 2 lascas con muesca.
- 3 piezas tipológicas: un diente de hoz, una sierra en plaqueta de sílex lacustre y un útil biapuntado de sección espesa con retoque sobreelevado y plano (pico o taladro doble) (Figura 9, nº 3 y 4).

Dentro del apartado de piedra pulida destacan dos piezas recogidas en la ladera: un hachita pulimentada con perforación proximal, a modo de colgante (Figura 9, nº 5), y una placa de pizarra con líneas incisas por uso continuado.

Hay que unir a este grupo 5 fragmentos de molinos de mano barquiformes, uno de ellos casi completo, en arenisca rosácea o marrón, de grano grueso y con superficies de abrasión bastante desgastadas.

Completa este elenco de materiales dos piezas metálicas:

- Anillito abierto de bronce, recuperado en la fosa II (Figura 9, nº 1).
- Punta de flecha de bronce, hallada en prospección. Se trata de un ejemplar plano sin aletas ni pedúnculo acusados (Figura 9, nº 2).

Se han realizado análisis químicos mediante fluorescencia de rayos X de ambas piezas, con los siguientes resultados:

	<u>Fe</u>	<u>Ni</u>	<u>Cu</u>	<u>Zn</u>	<u>As</u>	<u>Ag</u>	<u>Sn</u>	<u>Sb</u>	<u>Pb</u>
Anillo (PA4683) ⁷	0.091	0.79	91.80	Nd.	Nd.	0.012	7.660	0.141	Nd.
P. flecha (PA4853)	0.45	0.03	95.03	Nd.	Nd.	0.006	4.31	0.172	Nd.

⁷ La referencia PA alude al Proyecto Arqueometalurgia, en cuyo contexto se realizaron los análisis.

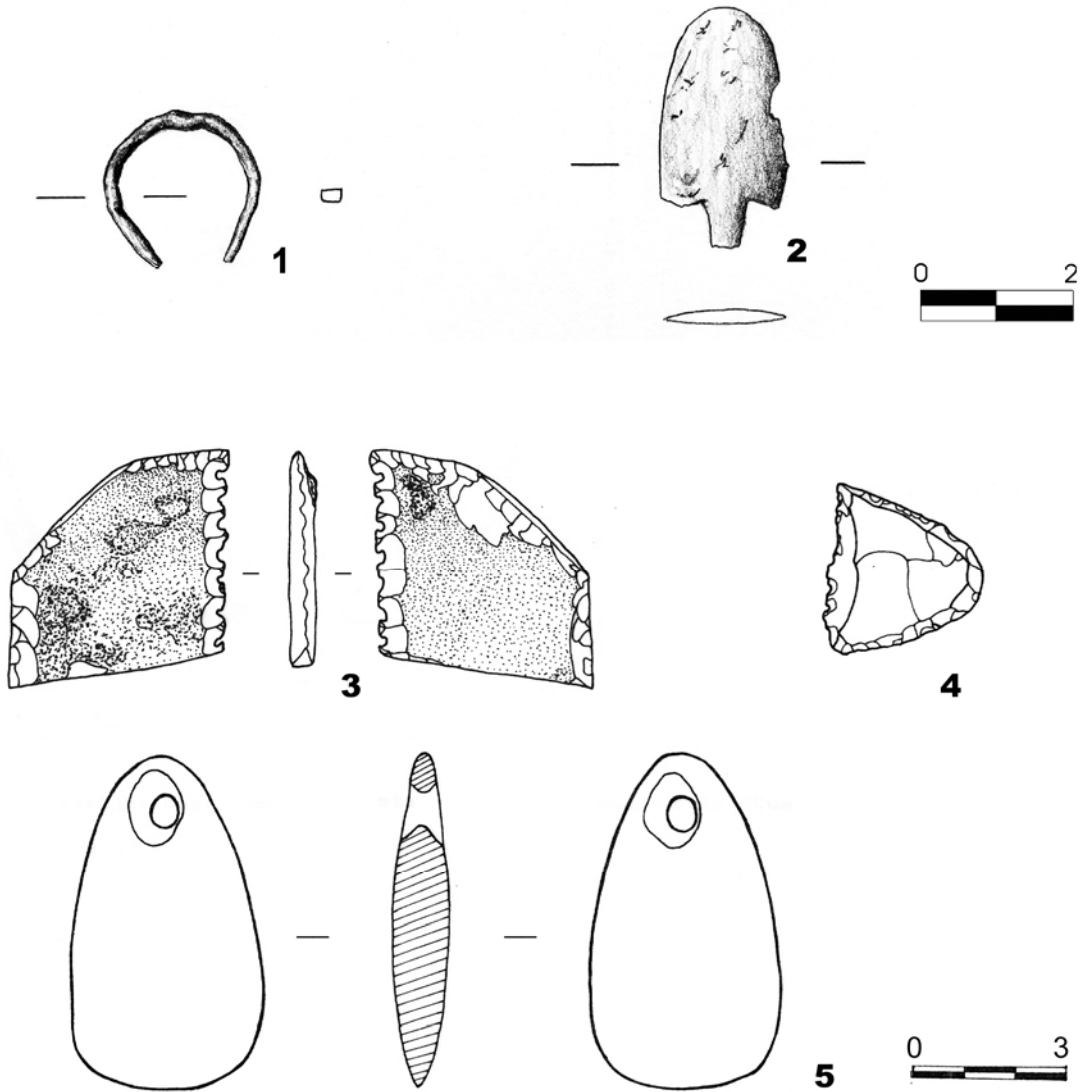


Figura 9. Piezas metálicas y líticas: Anillo, punta de flecha de bronce, sierra en sílex tabular, diente de hoz y hachita pulida con perforación.

LA CUESTA DE LA IGLESIA EN SU CONTEXTO CULTURAL

El conjunto de La Cuesta de la Iglesia y su entorno es uno de los más interesantes para el estudio de las últimas fases de la Edad del Bronce pre-Campos de Urnas en este tramo del valle del Ebro. Si bien la erosión y la actuación del hombre han hecho perder gran parte de la información que pudiera albergar, el yacimiento todavía conserva restos *in situ* susceptibles de ser estudiados, labor por otra parte urgente dado su galopante deterioro.

En la cima del cabezo se instalaba el poblado que se nos ofrece, en algunas zonas, bastante alterado por la erosión. Nunca llegó a desarrollar una ocupación prolongada en el tiempo, como denota su sencilla secuencia estratigráfica, sin indicios de superposiciones de fases constructivas. Las pellas de barro recuperadas con improntas de maderas y los restos de estructuras tumulares de piedra hacen pensar en construcciones sólidas combinando ambos materiales. Se trataría de viviendas sencillas, de factura pareja a las documentada desde inicios del II^o milenio a.C en otros lugares del entorno, como Monte Aguilar (Fase V), Puy Águila IV (Sesma Sesma, 2004: 618 y ss.), Moncín (Harrison, et alii. 1994: fig. 2.32), Majaladares (Harrison, 2007: fig. 2.11 y 2.29), Siete Cabezos (Harrison, et alii. 1990: fig. 7), etc.

Más compleja resulta la valoración de los restos descubiertos en la ladera al sur del cerro. Se han publicado noticias poco claras sobre enterramientos en la zona, que abarcan desde una inhumación en *pithos* a oquedades en su talud, que se contextualizan en el *texto anexo* y que se han entroncado con tradiciones tanto argáricas como levantinas (Beguiristain Gúrpide, 1987: 214). Sin embargo, un dato tan relevante como pudiera resultar éste quedará para siempre en la duda, al no haberse recuperado los restos de referencia. Por nuestra parte, no queda duda de que éste cerro es el lugar referido por sus descubridores, pues se trata del único poblado de la zona cuya meseta presenta niveles yesíferos; en la fotografía de época puede apreciarse un desmonte en el extremo oriental, más acusado hoy en día, fruto de la apertura de una cantera (Lámina II).

Otra noticia es la ofrecida por el dueño de los terrenos, que nos fue transmitida por J. J. Bienes, aludiendo a la aparición de dos enterramientos al nivelar estos terrenos, sin que se sepa la disposición de los cuerpos y el lugar en que se hallaron. En la excavación de la Fosa II se recuperó un fragmento de cráneo humano, en asociación con elementos extraños a necrópolis como molinos de mano, fauna, vasos de almacenaje, etc., todo ello amortizado y revuelto. Estos datos y noticias nos inducen a pensar en una zona de “campos de hoyos” tan habituales en la Edad del Bronce regional, en los que no resulta extraño el hallazgo de inhumaciones y restos humanos dispersos. Los hallazgos no son demasiado abundantes aunque sí recurrentes en sus rasgos; los hemos sintetizado recientemente, por lo que no nos extenderemos en su descripción (Beguristain Gúrpide, Sesma Sesma y García Gazólaz, e.p.). Todos ellos se sitúan hasta la fecha, como éstos de La Cuesta de la Iglesia, en la segunda mitad del segundo milenio BP, a falta quizás de descubrimientos homólogos vinculados al campaniforme.

Esta conjunción de área de construcciones y de campo de hoyos (al menos dos atestiguados fidedignamente en La Cuesta de la Iglesia A) resulta poco habitual en los yacimientos de la Prehistoria Reciente peninsular, donde parece que ambos tipos de evidencias son excluyentes. Esto ha llevado a consideraciones de lo más variopinto sobre la funcionalidad de estos depósitos (Bellido Blanco, 1996) y en particular sobre los tipos de viviendas de estas gentes, que parecen resultar inexistentes o por el contrario responder a unas condiciones de habitabilidad imposibles (Jiménez Jáimez, y Márquez Romero, 2006). La Cuesta de la Iglesia A viene a sumarse a los contados lugares en que ambos tipos de estructuras tienen una asociación en el espacio y probablemente en el tiempo, tal y como ocurre en la Fase II de Monte Aguilar (Sesma Sesma, 2004: fig. 10.), Balsa la Tamariz (Royo Guillén. y Rey Lanaspá, 1993: fig. 6) o Lorkazarra (Ramos, M. 2006: 156), en todos los casos relacionados con estructuras erigidas mediante postes y rebajes en el terreno.

En cuanto a la cultura material de los habitantes de La Cuesta de la Iglesia A, nos vamos a ceñir exclusivamente a determinados rasgos que consideramos característicos de este momento cultural, prescindiendo de lo que podríamos denominar "elementos del contexto", que ya en su día definimos al analizar el poblamiento de la Edad del Bronce en las Bardenas Reales de Navarra (Sesma Sesma y García García, 1994: 124-129).

En la cerámica existe un conjunto de decoraciones que se ha propuesto estaría señalando influjos mediterráneos y probablemente levantinos (Beguiristain Gúrpide, 1982: 138). Nos referimos a las barrocas ornamentaciones aplicadas, que en el yacimiento se manifiestan sobre todo en cordones paralelos sin impresiones y mamelones cubrientes. Para estos motivos en particular, las semejanzas han de buscarse más bien en contextos aragoneses y catalanes al norte del Ebro, en lo que se ha denominado como la facies del norte de Aragón (Rodanés Vicente, 1992: 508), en cuevas como El Moro de Olvena (Rodanés y Ramón, 1996: 87) o La Miranda (Valdellou, y Barril, 1981-1982: figs. 13 y 14).

Otros elementos característicos de momentos avanzados de la Edad del Bronce son los perfiles cilíndricos en toscos recipientes de tamaño mediano o grande, con decoraciones plásticas sencillas (cordones simples o múltiples paralelos con o sin mamelones) o incisiones profundas (forma 7 sin pulir). Pueden verse en yacimientos del Alto Ebro como Bizkar (Llanos Ortiz de Landaluce, 1978), nivel IIB de Los Husos (Apellániz Castroviejo, 1974) o Solacueva (Llanos Ortiz de Landaluce, 1991: Fig. 11.4 y 14), y extendiéndose por todo el valle del Ebro, como en Moncín, donde corresponde al tipo O de la cerámica lisa menos cuidada (Harrison et alii. 1994: 202) y Majaladares (Harrison, 2006: fig. 4.20). Barrachina y Gusi señalan su presencia en los niveles del Bronce Tardío de Orpesa la Vella (Barrachina Ibáñez y Gusi i Jener, 2004:

139) y extienden su dispersión a finales de la Edad del Bronce por Andalucía (La Cuesta del Negro de Purullena) y ambas mesetas (San Román de Hornija, El Negrlejo, Las Hoyas del Castillo y Caserío de Perales). Podrían buscarse muchos ejemplos más. En La Cuesta de la Iglesia A esta forma tan sencilla va en detrimento de los contenedores de perfil en S decorados mediante cordones arboriformes, característicos del Bronce Medio.

Pese a su simplicidad, existen un buen número de vasos que cuentan con un rasgo tecnológico que queremos resaltar: la adición de abundante calcita machacada en forma de romboedros. Ésta se halla prácticamente ausente en las producciones del Bronce Pleno, por lo que resulta un signo indicativo de modernidad cronológica y perfección tecnológica, pues posibilita un más fácil montaje de los grandes recipientes y garantiza una mayor resistencia durante la cocción (Olaetxea, 2000: 73).

Un aspecto relacionado con estos recipientes y otros tipos de contenedores son las improntas de cestería en el exterior de los fondos, de las que en La Cuesta de la Iglesia A se han reconocido 5 fragmentos de vasos diferentes. Para Harrison, la razón de ser de estas improntas es que las cerámicas eran fabricadas sobre ellas y posteriormente se trasladaban tirando de la estera (Harrison et alii. 1984: 1088). Vilaseca las relaciona con el sistema de modelado de los recipientes, como si se tratara de un "proto-torno" (Vilaseca 1973: 221). La cestería ha dejado su huella en la cerámica de la zona al menos desde el Bronce Antiguo (Marijuan I). El grueso de los hallazgos hay que situarlos en el territorio bardenero dentro del Bronce Avanzado (Fase II de Monte Aguilar, Fraile V, Entriscal de Bea, Linoso VII y Val de Sabina III), de tal forma que puede convertirse en un fósil director de este momento. En el Alto-Medio valle del Ebro las improntas de este tipo son escasas -resulta significativa su ausencia en la secuencia del abrigo de Los Husos- si bien está presente en asentamientos como Siete Cabezos (Harrison et alii. 1990, fig. 11), Moncín (Harrison et alii. 1987: 69) y Cabecico Aguilera (Aguilera Aragón, 1980, fig. 2). En el norte peninsular, el grueso de las dataciones hay que situarlo en el Bronce Medio. M^a A. Petit y J. Rovira (1980: 32 y fig. 36) recogieron en su día las muestras existentes en Cataluña en su estudio sobre la Cova Verda de Sitges, testificando 21 localizaciones. Esta relación fue completada posteriormente con nuevos hallazgos en la zona leridana-oscense (Maya et alii. 1989-1990: 106).

Cambiando de modalidad cerámica, dentro de la variedad pulida se registran, aunque en muy baja proporción, las características temáticas decorativas de "dientes de lobo" y "línea cosida", que son representativas de las fases iniciales del Horizonte Cogotas I (Fernández Posse, 1986: 480), ornamentando fuentes, cazuelas, cuencos, etc. Los paralelos más cercanos para este tipo de decoración los hallamos en el vecino yacimiento de Monte Aguilar,

en su fase II, datada en 3315±25 y 3330±20 BP. Esta cronología es casi un siglo más antigua que la obtenida en al Fosa II de La Cuesta de la Iglesia (3225±30 BP), si bien no es discordante con lo conocido de esta fase de formación del horizonte cogoteño en la zona, que ha sido ampliamente recopilado por Abarquero Moras, 2005, Rodanés Vicente, 1999 y Barrios Gil, 2004.

Recientemente hemos reflexionado sobre el papel de estas decoraciones dentro de la cultura material de este momento y su significado cultural, por lo que no nos extenderemos al respecto (Sesma et alii 2009). Desde nuestro planteamiento, esta forma de ornamentar responde a modas que se expanden en los siglos finales de la Edad del Bronce, quizás vinculadas con determinadas costumbres culinarias. Su peso en la alcallería a este lado del Ebro es muy restringido, en contraste con lo observado en zonas más o menos cercanas (Álava, Muela de Borja, etc.), lo que hemos atribuido a los distintos ritmos de desarrollo local durante esta época, en que las clásicas formaciones culturales de la Edad del Bronce sufren un drástico declive (Sesma et alii 2009: 76 y ss.)

Piedra tallada-pulimentada y metal complementan el utillaje conocido de este yacimiento, si bien su papel debió de ser muy poco significativo dentro de los modos de vida de estas gentes, ni resultan un indicador arqueológico relevante.

BIBLIOGRAFÍA

ABARQUERO MORAS, F.J. (2005): *Cogotas I. La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce*. Monografías. Arqueología en Castilla y León, 4.

AGUILERA ARAGÓN, I. (1980): El yacimiento protohistórico del Cabecico Aguilera en Agón, (Zaragoza). *Cuadernos de Estudios Borjanos*, V, 83-119.

APELLÁNIZ CASTROVIEJO, J.M^a (1974): El Grupo de Los Husos durante la Prehistoria con cerámica en el País Vasco. *Estudios de Arqueología Alavesa*, VII.

BARRIOS GIL, I. (2004): *El yacimiento de Cueva Lóbreaga (Torrecilla en Cameros, La Rioja). Una visión acerca del Neolítico y la Edad del Bronce en el área occidental del Sistema Ibérico*.

BEGUIRISTAIN GÚRPIDE, M^a A. (1982): Los yacimientos de habitación durante el Neolítico y Edad del Bronce en el alto valle del Ebro. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 3, 59-156.

BEGUIRISTAIN GÚRPIDE, M^a A; SESMA SESMA, J. y GARCÍA GAZÓLAZ, J. (e.p.): Formas funerarias en la Prehistoria Reciente del Pirineo Occidental. *Munibe. Actas del Congreso internacional sobre megalitismo y otras manifestaciones funerarias contemporáneas en su contexto social, económico y cultural*. (Beasain, 2007).

BELLIDO BLANCO, A. (1996): Los campos de hoyos. Inicios de la economía agrícola en la submeseta norte. *Studia Archaeologica*, 85.

FERNÁNDEZ POSSE, M^a D. (1986): La Cultura de Cogotas I. *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, 475-487.

- FLORISTÁN SAMANES, A. (2000): *Geografía de Navarra, 2. Las Comarcas*. Editorial Diario de Navarra, Pamplona.
- HARRISON, R.J. Majaladares (Spain): A Bronze Age Village of Farmers, Hunters and Herders. *Internationale Archäologie*, 107.
- HARRISON, R.J.; AGUILERA ARAGÓN, I. y MORENO LÓPEZ, G. (1990): Excavaciones arqueológicas en un poblado de la Edad del Bronce en "Siete Cabezos" (Magallón, prov. Zaragoza). *Cuadernos de Estudios Borjanos*, XXIII-XXIV, 31-59.
- HARRISON, R. J., MORENO LÓPEZ, G. y LEGGE, A. J. (1994): *Moncín: un poblado de la Edad del Bronce (Borja, Zaragoza)*.
- JIMÉNEZ JÁIMEZ, V. y MÁRQUEZ ROMERO, J. E. (2006): Aquí no hay quien viva. Sobre las casas-pozo en la Prehistoria de Andalucía durante el IV y el III milenio a.C.. *SPAL*, 39-49.
- JIMENO JURÍO, J. M^a Dir. (1993): *Topografía y cartografía de Navarra, XV. Bardenas Reales*. Nafarroako Toponimia eta mapagintza, Ed. Gobierno de Navarra, Pamplona.
- LLANOS ORTIZ DE LANDALUCE, A. (1978): Bizkar. Nuevo yacimiento de depósitos en hoyos (Maestu-Álava). *Estudios de Arqueología Alavesa*, IX, 245-263.
- LLANOS ORTIZ DE LANDALUCE, A. (1991): Excavaciones en la cavidad de Solacueva de Lakozmonte (Jócano-Álava). Campañas de 1980-1981. *Cuadernos de Sección. Prehistoria-Arqueología*, 4, 121-155.
- MAYA, J.L.; FRANCÉS, J. y PRADA, A. (1989-1990): Dossier. El complejo arqueológico de Punta Farisa (Fraga, Huesca): Los yacimientos arqueológicos. *Estudios de la Antigüedad*, 6/7, 7-30.
- OLAETXEA, C. (2000): *La tecnología cerámica en la Protohistoria vasca. Munibe (Antropología-Arkeología)*, sup. 12.
- PETIT I MENDIZÁBAL, M^a A. y ROVIRA I PORT, J. (1980): El jaciment arqueologic de la Cova Verda y alguns problemes del Neolitic i l'Edat del Bronze a Catalunya. *Cuaderns de Treball*, 3.
- RAMOS, M. (2006): Síntesis y contextualización histórica. En SESMA SESMA, J. (Coord). *Bajo el Camino. Arqueología y Mineralogía en la Autovía del Camino*, 149-180.
- RODANÉS VICENTE, J. M^a (1992): Del Calcolítico al Bronce Final en Aragón. Problemas y perspectivas. *Aragón/litoral mediterráneo: intercambios culturales durante la Prehistoria*, 309-318.
- RODANÉS VICENTE, J. M^a (1999): *Las cuevas de Tragaluz y San Bartolomé (Sierra de Cameros, La Rioja). Los enterramientos en cueva en el valle medio del Ebro*. Instituto de Estudios Riojanos.
- RODANÉS, J. M^a y RAMÓN, N. (1996): Cerámica de la Edad del Bronce de la cueva del Moro de Olvena. En: *La Cueva del Moro de Olvena, vol II. Bolskan*, 13, 39-131.
- ROYO GUILLÉN, J. I. y REY LANASPA, J. (1993): Balsa la Tamariz: Una aportación al estudio del poblamiento estable de la Edad del Bronce en las Cinco Villas. *Suessetania, Revista del Centro de Estudios de las Cinco Villas*, 13, 47-59.
- SESMA SESMA, J. (2004): Estructuras de habitación en la Edad del Bronce del Alto Valle del Ebro y áreas circundantes. Apuntes sobre su evolución. En: HERNÁNDEZ ALCARAZ, L. y HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. (Eds.). *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*, 613-626.
- SESMA, J.; BIENES, J. J.; ERCE, A.; FARO, J. A. y RAMOS, M. (2009): La cerámica de estilo Cogotas I y los ciclos culturales en las postrimerías de la Edad del Bronce en Navarra. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 17, 37-78.

SESMA SESMA, J. y GARCÍA GARCÍA, M^a L. (1994): La ocupación desde el Bronce Antiguo a la Edad Media en las Bardenas Reales de Navarra. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 2, 89-218.

VALDELLOU, V. y BARRIL, M. (1981-1982): Los materiales arqueológicos de la cueva de La Miranda (Palo, Huesca) en el Museo de Huesca. *Pyrenae: revista de prehistòria i antiguitat de la Mediterrània Occidental*, 17-18, 55-82.

VILASECA, S. (1973): *Reus y su entorno en la Prehistoria*. Asociación de Estudios Reusenses, Reus.

Anexo

Breve reseña de la Cuesta de la Iglesia, en las Bardenas Reales de Navarra. años de 1954 a 1957

Era allá por el año de 1954, cuando en mis vacaciones estivales pasadas en Buñuel, tropiezo con unos canteros conocidos en la zona como los yeseros, los cuales vivían en un caserío llamado del Puente de los Lobos, lindante a las estribaciones de la Bardena, junto a otras cuatro o cinco familias dedicadas a la agricultura. Estos yeseros fueron quienes me promocionaron en el arte, el estudio y la inquietud sobre la ciencia de la arqueología, a mis 16 años de edad, y que después de haber transcurrido más de 50 años, todavía la sigo manteniendo con entusiasmo y dedicación.

Como canteros que eran, se dedicaban al afloramiento rocoso de piedras de yeso de la Bardena a base de la colocación de barrenos de dinamita por medio de cartuchos con su mecha que colocaban en distintos cerros o montículos de ella y a sí poder obtener el yeso que luego para su elaboración, molían en sus molinos instalados en el caserío.

A raíz de mi primera visita al cerro bardenero más inmediato y accesible que se encuentra en la llamada Cuesta de La Iglesia y las consabidas conversaciones mantenidas con los yeseros sobre su trabajo y la exploración de los terrenos conocidos por ellos, mi inquietud llegó a comentarles y trasladarles mis primeros hallazgos sobre unas cerámicas raras y extrañas que había encontrado en la cima del cerro, a lo que me informaban que eso era normal y que abundantes restos de unas "tinajas y botijos", como ellos llamaban, ya conocían y habían visto bastantes, *pues eran de los moros* (sic) y en una exploración que realizaron con los barrenos de dinamita me comentaron también que les apareció un enterramiento con un pequeño esqueleto metido dentro de una tinaja (Lámina II y III).

Nunca pude saber, en mi pertinaz inquietud que les seguí manifestando durante un largo periodo, dónde habían puesto el barreno y dónde apareció

dicho enterramiento o dónde dejaron los restos; nunca me lo dijeron ya que tenían la sospecha de que toda la información que les solicitaba, a la vez que las piezas de “*botijos y tinajas*” que iba encontrando en mis inquietudes arqueológicas, podría darse el caso, según me manifestaron textualmente, la duda de que yo: *podiera llegar a topar con algún tesoro de los moros lleno de monedas de oro.*

En mis sucesivas visitas a la zona, sobre todo en los veranos siguientes a los años 1955 al 1957, ya que pasaba los veranos en Buñuel en casa de mi abuela, mi residencia familiar era en Zaragoza, retornaba a la zona en bicicleta provisto de una pequeña azadilla y un saco, para seguir explorando la cima de este cerro bardenero en la Cuesta de La Iglesia, ya de por sí muy erosionado, con una estrecha base plana en su cima, donde iba obteniendo, casi superficialmente sobre un suelo calcinado, pequeños trozos de cerámica que mucho después supe que eran de la Edad del Bronce o del Neolítico.

Una tarde del verano de 1956, me fui de nuevo a explorar nuevamente el cerro, lugar tan pisado por mí y ¡oh maravilla!, observo un fragmento de cerámica de buen tamaño, comparado con los que hasta ahora había encontrado, que asomaba o aparecía sobresaliente de la superficie. Me dispongo a señalar la zona y con sumo cuidado y tacto a extraerlo. Una vez fuera, observo su tamaño y veo que hay más fragmentos de cerámica de la misma pieza que parece ser un a gran vasija o tinaja. Poco a poco fui extrayendo todos los fragmentos de esa gran tinaja, compuesta por 42 piezas que una vez reconstruida alcanzó las medidas de 50 cm. de altura por 37 cm. de diámetro de su boca, con una base de 20 cm. de diámetro. Pasado el año 1957 mis inquietudes históricas seguían aumentando, por el efecto dado al estudio e información que iba recogiendo y adquiriendo en los libros y trabajos publicados sobre la ciencia arqueológica, como la Era del Bronce, el Neolítico, los Iberos, los Celtas, los primeros pobladores de la península, etc. etc.

Este feliz hallazgo dio por finalizada mis prospecciones arqueológicas en el cerro de La Cuesta de La Iglesia, en la Bardenas Reales de Navarra, al haberme trasladado en 1958 a Pamplona para comenzar mis estudios superiores, dándome ya por satisfecho con esa inquietud científica e histórica de nuestro pasado ibérico, inquietud que me ha llevado a seguir investigando con ilusión e interés hasta el momento actual, todo aquello relacionado con la arqueología y nuestra propia historia milenaria.

Cesáreo de Oliver y Monteso
Buñuel, mayo 2010



Lámina I. Fondos con impronta de cestería.



Lámina II. La Cuesta de la Iglesia. 1954.



Lámina III. La Cuesta de la Iglesia. 1956.